“Elogio de la razón digital”

Pablo García Mexía, autor

Manuel de los Santos

Doctor en Derecho, Letrado de la Cortes Generales, y dirige el Área Digital en el despacho Herbert Smith Freehills Kramer. Ha desarrollado su carrera en la intersección entre la tecnología digital, la IA y el Derecho en foros internacionales. Con una sólida producción intelectual que suma 14 libros publicados, es una referencia en prensa y publicaciones técnicas.



En su libro “Elogio de la razón digital” defiende una aproximación racional a la tecnología. ¿Qué es para usted la tecnología? ¿Una herramienta, una fuente de poder o una extensión de la propia condición humana?

Es todas y cada una de esas tres cosas. Es herramienta, porque sirve a múltiples fines. Es fuente de poder, porque es fruto de la ciencia y del conocimiento, y a su vez ayuda a crear ciencia y conocimiento, lo que obviamente confiere poder a quien la posee. Y es extensión de la condición humana, pues creamos tecnología desde el fuego. Aunque hay una faceta por encima de todas las anteriores: a su vez es la tecnología la que nos configura a nosotros mismos. No sólo los artefactos son tecnología, por importantes que sean. El propio lenguaje, las instituciones políticas, la misma empresa lo es. ¿Qué sería la humanidad, y qué sería de ella, no sólo sin la electricidad, o los ordenadores, o la IA, sino sin escritura o sin empresas?

La Inteligencia Artificial suscita temores sobre una eventual pérdida de control. ¿Considera verosímil que pueda llegar a representar una amenaza para el ser humano?

Sin duda que sí. Primero, porque toda tecnología a lo largo de la historia ha demostrado tener inconvenientes. Suele achacarse a la imprenta, el haber provocado indirectamente las guerras de religión que asolaron Europa en los siglos XVI y XVII. Y segundo, porque la Inteligencia Artificial, a diferencia de todas las tecnologías anteriores, que han sido capaces de reemplazar al ser humano en tareas manuales, es capaz de hacer lo propio en tareas intelectuales, que hasta ahora se consideraban monopolio de la humanidad. Un fenómeno capaz no sólo de eso, sino incluso de superarnos en las llamadas “fronteras del conocimiento”, inventando y descubriendo más allá de lo que hasta ahora la humanidad ha conocido, representaría una amenaza para nosotros si de alguna manera se volviese en contra nuestra.



A medida que la IA supera capacidades humanas en determinadas tareas, ¿debemos replantearnos qué significa la superioridad intelectual de nuestra especie?

Probablemente sí. Y ya que tenemos "todas las de perder" en tareas estrictamente racionales, quizá debamos "echar el resto" en potenciar las demás facetas de nuestra mente: la sensitiva, la sentimental y la intuitiva. Y al hilo de todas ellas es esencial la creatividad.

Esta es mucho más que un simple proceso neurobiológico. Es un complejo fruto de arte y de sabiduría. Aquel es puro sentimiento, junto con experiencia y dominio técnico del ramo en cuestión (esto sin duda, no creo en el "arte-mochila abandonada en el MOMA"). La sabiduría es también producto de la experiencia (humana, claro), como sublimación del conocimiento.

Las dosis de arte y de sabiduría podrán variar en el producto creativo en función de que estemos ante un poema (mucho arte) o ante un ensayo científico (mucha sabiduría). A la vez, el sentimiento siempre estará fuera del alcance de la máquina. En el fondo la sabiduría también, pues llevada a su extremo, es virtud y la virtud está también fuera del alcance de la máquina.

Esta es un ingenio que calcula probabilísticamente, ¡y nada más!

Aunque tampoco nada menos, y por eso reconozco que la IA siempre estará en mejores condiciones de "competir" con nosotros en el campo de la ciencia y del conocimiento. ¡Por bella que para el matemático pueda resultar una ecuación!

La máquina, sin embargo, nunca creará arte. Compondrá con mayor o menor habilidad, incluso con belleza, pero sus productos no pasarán de ser eso, productos, una suerte de "decorado hueco", vacío de toda sensación, de todo sentimiento, de toda vivencia.

Cuando alguien se acerca a una novela, a una sinfonía o a un cuadro, no sólo busca "belleza probabilística". Busca a un ser humano tras la obra. Sin él, esa belleza no es tal, es pura apariencia.

Se podrá decir que incluso quien eso busca podrá disfrutar, y a fondo, con esa belleza "aparente". Pero de nuevo estaríamos ante mera apariencia de una realidad que no existe. Aun cuando nunca se llegara a descubrir su falsedad. Y no podemos renunciar a la belleza, la belleza es irrenunciable, por mucho que pueda verse traicionada.

En la creatividad podría estar pues la llave para mantener nuestra superioridad intelectual.

Internet y la Inteligencia Artificial ocupan parcelas crecientes de nuestra vida. ¿Hasta qué punto podemos seguir eligiendo vivir al margen de estas tecnologías?

Siempre es posible. Otra cosa es que el precio de la renuncia sea demasiado alto. Y ese precio puede resultar intolerable para quienes deben comunicarse en su entorno laboral o quienes han de competir con otros profesionales u otras empresas. La calidad de estas tecnologías es, por otro lado, y muchas veces, tan alta, que se nos hacen imprescindibles en muy poco tiempo. Como prueba un estudio de Stanford, millones de usuarios darían miles de euros por no perder las búsquedas (no digamos las ya animadas con IA), el *email* o los mapas en línea.

En el caso de niños y adolescentes, ¿cómo conciliar las oportunidades de la tecnología con sus posibles efectos sobre el aprendizaje, la atención y el bienestar?

Parece que la tendencia general es prohibir. Y es comprensible, pues su uso correlaciona en ocasiones con problemas de salud mental en infancia y juventud. Pero sólo correlaciona. La mejor ciencia, y se dispone ya de estudios tan amplios como sólidos, no está lamentablemente en disposición de establecer aquí causalidad. Añadamos que estas tecnologías son clave en el día a día de nuestros jóvenes, para



su información y para su socialización. Entiendo pues, que la reacción tienda a ser intensa, aunque si se opta por ella, todo esto deberá tenerse en cuenta. Tanto como el papel crucial aquí de la familia. Y también que la prohibición puede no ser eficaz, al tiempo que podría acentuar el deseo de acudir a "una fruta" que tras ello sería "más dulce".

Se habla constantemente de transformación digital. Sin embargo, ¿cuál es hoy el peso real de la digitalización y la Inteligencia Artificial en la competitividad de las economías occidentales?

No voy a aportar cifras. Me quedaré en consideraciones económicas, que ya desde mediados del siglo XX ven en la innovación tecnológica la clave del crecimiento. Solow fue premiado con el equivalente al Nobel por demostrarlo. En su conocido informe europeo de 2024, Mario Draghi se sumaba a las voces que dan un paso más, al señalar que la clave de la innovación en nuestros días está justamente en la tecnología digital, siendo de hecho el desfase europeo frente al de los EE.UU. en este campo el que explica que la renta por habitante haya crecido allí el doble que la de la UE desde 2000.

Algunas corrientes reivindican un Estado emprendedor que impulse directamente la innovación. ¿Es compatible ese modelo con una economía basada en la iniciativa empresarial?

Es cierto que hay avances digitales procedentes de iniciativas públicas. La propia Internet o la telefonía GSM son grandes ejemplos. Aunque quizá sean también "gotas en un océano" dominado por la innovación empresarial. Lo saben sus lectores mucho mejor que yo: ser empresa hoy es innovar. En tecnología por supuesto, como en organización, y en procesos, que esto también puede implicar innovación. Y ningún Estado puede suplir en su capital función social a la empresa privada.

Si el progreso tecnológico genera inicialmente ganadores y perdedores, ¿qué papel deberían desempeñar la regulación y las políticas públicas en el reparto de sus beneficios?

Ciertamente los beneficios afluirán en mayor cuantía a quienes generen y gestionen estos avances tecnológicos. Aunque creo que sentar la premisa de que son siempre los más vulnerables quienes estarán en el lado perdedor supone un error. Las políticas públicas y la regulación sin duda pueden subsanar situaciones injustas, pero no deben hacer olvidar que ha sido la tecnología y el sistema económico que esta ha animado desde fines del XVIII, el principal impulsor, no sólo del crecimiento económico, sino incluso del avance en derechos de las clases menos favorecidas en ese mismo tiempo. Difícilmente puedo pensar en votar si apenas puedo subsistir: esto último lo fue haciendo posible la propia tecnología. La renta por habitante apenas se movió desde tiempos de Jesucristo hasta 1820. Desde entonces, su aumento ha sido exponencial. En cualquier caso, y por supuesto al margen de posible imposición fiscal, aumentos sustanciales de productividad siempre pueden dar lugar a mejoras salariales.

Una de las principales inquietudes económicas es el empleo. ¿Es realista pensar que la Inteligencia Artificial destruirá más puestos de trabajo de los que será capaz de generar?

Datos de los EEUU y de estas mismas semanas, atestiguan que la IA ya ha creado cinco veces más empleos de los que habría destruido desde mediados de 2023. La formación será inevitable para los afectados. Aunque también para quienes no lo hayan sido, pues otra cosa podría abocarles a la misma situación. El impacto es en principio superior en el sector laboral más joven, cuyas labores son más replicables por la máquina, frente al conocimiento que la experiencia va dando. En cualquier caso, la máquina no suple al sentido común, y jamás lo hará al "toque humano", que es natural demandar de quien nos aporta un bien o un servicio.

Europa ha hecho de la regulación una pieza central de su estrategia digital. ¿Existe el riesgo de que proteger derechos termine también frenando innovación y competitividad?

Vuelvo a cuestionar la premisa. La de que la protección de los derechos sólo puede llevarse a cabo mediante regulación. Hay hospitales que han reducido sus tiempos de atención en urgencias en un 20% gracias a usar IA en los triajes: esto es mejor cuidado de un derecho tan fundamental como es la salud. Sobran ya ejemplos sobre discapacidad, atención ciudadana, o educación. Europa ha ignorado esto al regular en los últimos 30 años la tecnología digital. Ha validado esa premisa falsa. Y ello explica en gran medida nuestro retraso frente a los líderes mundiales en materia digital.

Desinformación, concentración de poder y el denominado "tecnofeudalismo" alimentan la desconfianza hacia las grandes plataformas. ¿Hasta qué punto está justificada esa percepción?

No lo está de ningún modo. Y en absoluto ayuda a resolver problemas que por otro lado existen: las plataformas han contribuido en ocasiones a esos problemas. Y sus consustanciales "efectos de red" ayudan a potenciarlos. Aunque también lo han hecho estados y gobiernos irrespetuosos de las reglas clásicas de la convivencia democrática. Y sociedades como las nuestras, muchas veces más propensas a la victimización que a la responsabilidad. También la identificación de lo digital y la IA con los abusos de algunas élites de Silicon Valley, por útil e injusto que pueda resultar.

Frente al creciente temor social hacia la Inteligencia Artificial y la digitalización, ¿cuál sería su receta para recuperar una relación más racional con la tecnología?

Lo que haría es "invertir la ecuación habitual". Solemos reconocer las inmensas posibilidades de estas tecnologías, para después alertar de sus riesgos y actuar en consecuencia. Lo que propongo es partir de reconocer los riesgos, para abrirnos después a avanzar sin temores en IA y lo digital. Ese reconocimiento de los riesgos nos permitirá afrontarlos, pero sin hacer de ellos "los protagonistas". Los protagonistas serán aquí el avance de la tecnología y el propio ser humano, que gracias a ello ganará en libertades y también en bienestar ■

Fotos: Nina Prodanova

